

**LA LUZ QUE
NO HACIA
SOMBRA**

Indice

Prólogo: Donde todo y nada ocurre.....	3
Madera que respira.....	4
La doctora de guardia.....	5
Cosas que dicen los bordes.....	6
El pueblo que no la ve.....	8
Guardias de cuarenta y ocho.....	9
La fiesta de los papeles en el aire.....	10
La ciudad desde el vidrio.....	12
Donde terminan las guardias.....	13
Después del brillo.....	14
Epílogo: Inventario de lo que sostiene.....	17

Prólogo: Donde todo y nada ocurre

En los pueblos, las horas no apuran: se estiran como sombras largas y, sin embargo, a veces caben adentro cosas que nadie esperaba. La mañana empieza con una radio que chisporrotea en la cocina, dos perros que se ponen de acuerdo sin hablar y una escoba que barre la vereda como si afinara el día. La plaza abre sus bancos a los que miran sin destino; el ómnibus llega cuando puede y se va cuando quiere. Hay negocios que huelen a madera, otros a pan, otros a aceite y a hierro; hay voces que se conocen por los pasos y saludos que parecen llave de casa.

Nada extraordinario sucede, dicen algunos. Pero basta que una nube se quede quieta donde no debía, que un letrero pierda una letra, que una bicicleta cambie de sitio, para que todo parezca posible. Las noticias llegan en papeles que el viento dobla; las certezas, en comentarios que se dicen al pasar. A veces no pasa nada y, sin embargo, la tarde cae con la sensación clara de que algo estuvo a punto de ocurrir.

Este es ese lugar: donde el silencio tiene modales y el rumor viste de diario. Donde cualquiera puede cruzar la calle y, sin proponérselo, alterar la jornada entera. Aquí, lo menor alcanza. Aquí, lo mayor sabe esperar. Aquí empieza.

Madera que respira

La carpintería de Bruno quedaba casi fuera de los últimos perros. A tres cuadras de la periferia, donde el asfalto de la Calle Laurel se rendía ante un camino de polvo y pasto, levantó un galpón con chapas desparejas y una ventana encastrada a destiempo que siempre dejaba entrar la siesta de costado. La bautizó El Borde porque ahí terminaba todo: la ruta, la señal del celular, las conversaciones ajenas.

Bruno trabajaba con maderas humildes: eucalipto, álamo, algún pedazo de timbó que le llegaba por descarte. Con eso hacía mesas que sostenían comedores de familias enteras, cunas que dormían a bebés que no sabían del mundo y ataúdes a precio de vecino, cuando había que abaratar la pena. El pueblo lo quería por útil, y porque nunca cobraba lo que debía.

La gente de San Isidro del Sauce era chica pero decidida: Mecha Paredes, de la ferretería, capaz de encontrar un tornillo exacto en latas abolladas; Don Olegario, carnicero con manos de novela rusa, que cortaba el vacío con delicadeza de tipógrafo; Celina Rivero, bibliotecaria, que prestaba libros con una fe en el prójimo que aún no se había roto.

El invierno se había sentado con malas intenciones ese año. Una tarde de viento ciego, mientras Bruno cepillaba un listón que se negaba a aceptar la escuadra, vio una figura parada frente a la Policlínica Almafuerte, del otro lado del descampado. No era la primera vez que alguien esperaba en la vereda; lo raro fue la luz: a esa hora todo tenía sombra larga menos ella. Parecía envuelta en una claridad que negaba el resto del cielo.

Se quedó mirando desde la ventana con el cepillo detenido, como si el mundo estuviera colgado del filo de esa hoja. La figura llevó la mano al pelo—oscuro, recogido con un gesto aprendido frente a un espejo muchas veces—y miró hacia

el galpón. Bruno no supo si era casualidad o devolución. Por primera vez en muchos inviernos, el frío le pareció algo que se podía posponer.

Esa noche lijó con una paciencia que no conocía, como si dejar lisas las superficies fuese una manera de ordenar un pensamiento torcido. Dejó el vidrio viejo de la ventana apoyado a cuarenta y cinco grados para que el viento no le golpeará la cara. La luz de la calle, medio enferma, entró oblicua y se desparramó por el taller en un modo de iglesia pobre.

Cuando apagó, la figura ya no estaba. O eso quiso creer.

La doctora de guardia

La conoció una semana después, con el sol trompeteando desde atrás de los silos de la vieja cooperativa. Tenía el guardapolvo abierto, un estetoscopio colgando como declaración y los ojos de quien aprende rápido la cara de los demás.

—Alma Quiroga —se presentó—. Clínica médica. Estoy haciendo rural acá, y guardias en Salvatierra, en Nueva Bahía. Tres o cuatro viajes por semana. A veces me quedo cuarenta y ocho en el hospital; ni me entero del calendario.

Bruno la escuchó como quien mide con el pulgar y el índice cuánta realidad le cabe a una palabra. No supo qué contestar y ofreció lo que tenía más a mano.

—Si alguna vez necesitás arreglar una silla en la policlínica... —dijo—. O una camilla con la pata floja. Soy Bruno. De *El Borde*.

Ella sonrió con un modo que no prometía nada y, sin embargo, lo prometía todo.

—Te vi lijando —dijo—. A esa hora en que el polvo hace remolino con la luz. Sos bueno con las manos.

Se ofreció a acompañarla hasta la esquina. Hablaron de cosas chicas: el mal humor de los taxis de Chano Rivas, la alfombra de jacarandás tempranos en la Plaza del Molino, el mate con yuyos raros que preparaba Pastora, la de las gallinas.

—¿Y la policlínica? —preguntó Bruno, mirando el cartel azul que decía *Almafuerte* en letras casi despegadas.

—Trabajo ahí —respondió ella, como si fuera obvio—. Pero estoy poco. Falta personal; me tienen corriendo entre guardias. Por eso por acá casi no me ven.

Bruno pensó en lo justo que resultaba el nombre: *Almafuerte*. Eso que sostiene por dentro. Guardó el dato en ese cajón mental donde uno pone las cosas que no quiere olvidar.

Antes de doblar, ella tocó su antebrazo con la gentileza de un termómetro.

—Pasate cuando quieras —dijo—. Aunque sea a tomar aire en la sala de espera. Ese lugar necesita que alguien respire con ganas.

Bruno volvió al taller con una tibieza absurda en las costillas.

Cosas que dicen los bordes

Empezaron a verse en tiempos raros. Alma aparecía al borde del día, o del pueblo, o de lo que fuera que tuviera su propio mapa. A veces lo esperaba junto a la loma de los eucaliptos, donde el viento siempre dice la verdad; otras, lo encontraba en el taller, examinando con curiosidad las herramientas.

—Las cosas se abren si uno sabe dónde hacer fuerza —comentó una vez, sopesando una gubia—. Los cuerpos también.

Bruno le mostró el timbó con que estaba haciendo una mesa para Doña Isaura, la maestra jubilada.

—Escuchá —le pidió—. Cada madera tiene su sílaba. Si le das tiempo, te la dice.

Apoyó la mano de Alma sobre el tablón y, con un golpe leve, hizo vibrar la veta. El sonido fue fino, metálico, como de copa. Alma cerró los ojos. Por un instante, él juró que el aire se ajustaba al contorno de sus dedos. Luego la realidad volvió a apoyarse en su peso, más liviana que antes.

Salieron a caminar por la Calle del Molino, esquivando charcos que parecían fronteras pequeñas. Hablaron de la ciudad grande, de Nueva Bahía: del olor a hospital por la madrugada, a desinfectante que se pega en el pelo; de los ascensores que suben a lugares donde nadie duerme; de la gente que, aun con dolor, encuentra palabras limpias.

—Me gusta lo que hago —dijo Alma—. No por la épica. Por la precisión. Es como lijar: sacar lo que sobra sin lastimar.

A Bruno le gustó ese modo de hablarle a un carpintero desde la medicina. Le gustó casi todo de Alma: que mirara con atención, que no apurara los silencios, que se riera con la boca y no con los dientes. A veces se sentaban en el parquecito del Pasaje de los Herrera y él le contaba cosas mínimas: que Mecha juraba que los tornillos también tenían humor; que Olegario aconsejaba dorar siempre la carne con paciencia de misa; que Celina le guardaba libros sobre barcos aunque San Isidro no tuviera mar.

—No necesito mar —dijo Bruno—. Conocí la palabra *deriva* sin mojarme.

Se despidieron en la puerta de Almafuerte. Ella le apoyó la frente un segundo, como se apoyan los pensamientos que todavía no se dicen. Bruno sintió algo parecido a una descarga leve, una estática de suéter contra suéter. Se quedó con ganas de una sombra que no llegó.

El pueblo que no la ve

La primera duda fue una costura fina. Mecha Paredes lo escuchó hablar de Alma como quien revisa una factura.

—¿La nueva doctora? —dijo, apoyando el codo en el mostrador—. No la tengo. Acá el que pasa por la ferretería se entera de todo. ¿Seguro que no te confundís con Venturini? Ese está siempre corriendo.

Bruno prefirió no discutir. No con Mecha, que tenía razón casi por deporte. Preguntó en la panadería, como de pasada, si habían visto a una médica nueva. Olegario sacudió harina de la mano y negó con calma.

—Por acá no —dijo—. Aunque a mí se me escapan hasta las caras de los clientes si vienen muy temprano.

En la biblioteca, Celina torció la boca con simpatía.

—¿Alma? Nombre precioso. Pero no me suena. Igual no me hagas caso. Vivo entre autores muertos.

En la Policlínica Almafuerte, a la hora en que el sol atraviesa los vidrios y copia las plantas en el mosaico, la recepcionista lo miró como si le hablara de un sueño tenido por otros.

—Quiroga no —repitió, revisando una planilla—. Acá están Venturini, Seijo y una pediatra que viene algunos sábados. Vos dirás... A veces mandan refuerzos de Nueva Bahía, pero no los presento a todos.

Bruno salió a la vereda con una risa seca que no le pertenecía. Esa noche Alma lo esperaba junto al descampado. Puso cara de entenderlo todo antes de que él hablara.

—Es normal —dijo—. Estoy entrando y saliendo. Cuando no estoy de guardia, vengo sin turno. Nadie registra a la gente que se queda después.

Le creyó porque ya la estaba creyendo desde el primer día. Y porque, de algún modo, el pueblo a veces tenía la costumbre de ignorar lo que no encajaba en sus fotos.

Se hicieron costumbre. Ella lo acompañaba a entregar trabajos, pero siempre había un detalle, una distracción, una luz rara que hacía que los otros no la vieran: Chano levantando el brazo desde el ómnibus, Bruno devolviéndole el saludo con torpeza y Alma al costado, invisible para todos menos para él. En el almacén de “La Mónica”, Bruno compró yerba y azúcar; sintió la presencia de Alma detrás, tibia y silenciosa. Al pagar, Mónica le dijo “saludos” sin plural.

Quizá habría debido entender entonces, pero el amor—llamemos así a esa fiebre lúcida—elige siempre el último indicio.

Guardias de cuarenta y ocho

Hubo semanas en que Alma desapareció. Le dejaba mensajes en el borde del día: un papel doblado metido entre los gajos de la puerta, una frase susurrada en el viento que venía desde la cañada. “Vuelvo el jueves”, “Me tocó trauma”, “Dormí un poco”.

Bruno aprendió a esperar como se aprende a cepillar: en silencio y con los brazos. Cuando la veía, hablaban mucho y también nada. Se reían de tonterías. Ella inventaba diagnósticos para muebles: “Esta silla tiene hipoxia”, decía, “le falta aire entre los encastres”; “Este ropero está taquicárdico”.

Una tarde, el pueblo quedó bajo una luz que parecía de cine viejo. Bruno salió con Alma a la llanura corta que separaba el taller del alambrado. Había olor a lluvia y a ropa puesta a secar. Se sentaron en el pasto, y ella le habló de Nueva Bahía como si hablara de otra especie: las guardias de veinticuatro, de cuarenta y ocho, el rumor constante de los pasillos, las discusiones con cirujanos con ego de meteorito.

—A veces siento que vivo en doble turno —dijo—. Como si alguien me hubiera calado una forma y yo tuviera que rellenarla.

—Podés quedarte —propuso Bruno, con una torpeza que era su honestidad—. Al menos una noche.

Alma lo miró con una ternura sin subrayados.

—No sé quedarme —confesó—. Pero sé volver.

Bruno aprendió a aceptar esa aritmética: sumar presencias breves y restar ausencias largas. La alegría, descubrió, tenía la claridad de las cosas no explicadas.

La fiesta de los papeles en el aire

Llegó septiembre, y con él la fiesta del pueblo: una excusa antigua para colgar banderines, vender tortas fritas y poner música en la Plaza del Molino. Bruno se ofreció a construir el arco de entrada: dos columnas bajas, una viga con letras caladas que decían SAN ISIDRO VIVO.

Trabajó de noche. El vidrio viejo de su ventana—ese que solía apoyar a cuarenta y cinco para que no le entrara el frío—multiplicaba la luz de la calle y lo mantenía despierto. A veces, cuando alzaba la vista, veía en la superficie oblicua reflejos que

hacían extrañamente tridimensionales los afiches pegados en el frente de la policlínica: una campaña del Hospital Salvatierra había colocado carteles con médicos impecables y lemas de vocación. Había uno con una mujer de guardapolvo mirándolo fijo, como si estuviera de acuerdo con él en cosas que aún no pensaban.

La noche de la fiesta, Alma apareció como aparece la música: primero desde lejos, después inevitable. Bruno la reconoció por la manera de poner el cuerpo en los silencios, por la línea de la mandíbula, por la luz que parecía obedecerle.

Bailaron sin tocarse del todo, como si el aire tuviera también derecho a su parte. Él sintió el roce, o algo que el cuerpo tradujo como roce; un cosquilleo de electricidad quieta. En una esquina, Mecha vendía tuercas sueltas como si fuesen confites; Chano probaba la puntería en un juego de latas; Celina recitaba, a quien quisiera oírla, versos aprendidos para noches así. Nadie saludó a Alma. Nadie preguntó quién era la mujer que reía con Bruno junto a los papeles de colores.

—¿Te molesta? —preguntó él, armándose de una valentía nueva—. Que no te vean.

—Me pasa desde hace tiempo —dijo Alma, sin tristeza—. Tal vez no llegue a tiempo. O tal vez sólo seas vos el que me mira como si yo importara.

Se besaron apenas —un encuentro de aire templado— bajo la lámpara amarilla. Bruno quiso agradecerle a alguna cosa que no supo nombrar.

La ciudad desde el vidrio

Hubo un día de viento del sudeste, de esos que humedecen la lengua. Alma le dijo que se iba a Nueva Bahía por cuarenta y ocho horas. Bruno prometió esperarla. Esa noche no quiso cerrar temprano el taller: había una mesa que entregar y un cajón que se negaba. El vidrio de la ventana, inclinado, le devolvía la luz de un farol y, con ella, los afiches de la policlínica: el de la campaña ALMAFUERTE SALVA VIDAS, la foto de una doctora de pelo oscuro—no igual, pero parecida—, un apellido con Q que la humedad ya estaba comiendo.

Alzó el celular para usarlo de linterna y, sin querer, apoyó la pantalla contra el canto del vidrio. La imagen rebotó en el cristal y se proyectó, flotante, en el aire del taller: la doctora del póster cobró un volumen extraño; las letras, de color gastado, parecieron desprenderse: ALMA se separó de FUERTE como dos mitades posibles; QUIROGA apareció en el margen de una nota firmada por el director del hospital, Dr. Quiroga, sobre un plan de guardias extendidas.

Bruno se quedó inmóvil, como frente a un truco que no sabe si aceptar. Cambió un ángulo, bajó la luz, subió la intensidad. La imagen adelantó un paso y, por un instante, ocupó el lugar exacto donde la había visto por primera vez: en el descampado, frente a Almafuerte, sin sombra.

Se le aflojaron las manos. Recordó la primera tarde, el brillo raro; recordó cada aparición de Alma en horarios esquivos, cada invisibilidad ante los otros, cada vez que la luz de su taller había sido parte de la escena. Todo era, de pronto, una arquitectura posible: el vidrio a cuarenta y cinco, la luz oblicua, los afiches intactos o medio rotos, el teléfono buscando señal; y él, solitario, con un andamio interno hecho de deseo.

Apagó la linterna de golpe. El aire volvió a ser aire. El taller, madera y polvo.

No quiso concluir nada todavía. El amor —esa fiebre lúcida— pidió una prórroga.

Donde terminan las guardias

Al día siguiente, la lluvia cumplió su amenaza. San Isidro del Sauce amaneció con zanjales brillantes y techos que hablaban en todas las lenguas del agua. Bruno cruzó al frente con un piloto viejo. La Policlínica Almafuerte olía a lavandina y a espera. Preguntó por Alma con una serenidad que no sentía. La recepcionista lo miró con la compasión práctica de quien ha visto de todo.

—Acá no hay ninguna Alma Quiroga —dijo—. Y si está, no figura.

Le dieron un teléfono del Hospital Salvatierra. Llamó desde la ferretería de Mecha. Atendió una voz neutra que podría haber sido cualquiera. Pidió por la doctora. Silencio breve. Revisión de planillas imaginarias.

—No tenemos nadie con ese nombre —dijo la voz—. Tal vez sea de otro servicio. ¿Está seguro del apellido?

Colgó con manos de madera. Mecha no preguntó nada. Le alcanzó un mate caliente y le sostuvo la mirada como se sostiene a un amigo sin usar los brazos.

La tormenta se llevó la luz del pueblo por unas horas. Al volver al galpón, Bruno encendió velas y una lámpara de baterías. Era, más que nada, un experimento triste. Apoyó otra vez la pantalla contra el vidrio inclinado, probó ángulos, dejó que el reflejo sostuviera formas. La doctora apareció y desapareció como una promesa barata. Bastaban dos grados de diferencia para que la imagen perdiera cuerpo. Bastaba un soplo para que el borde se deshiciera.

Se vio a sí mismo, semanas atrás, hablándole a esa luz con forma de mujer; vio sus manos extendidas hacia un aire que respondía con electricidad superficial; vio la manera en que nombrar el mundo había sido un modo de invocarlo. Recordó cómo Alma le había enseñado a respirar en la sala de espera, cómo le había dicho

que los cuerpos se abrían si uno sabía dónde hacer fuerza. Todo era verdad. Y, sin embargo, tampoco.

La lluvia aflojó pasadas las nueve. Bruno cruzó a la policlínica. En el tablón de anuncios, el afiche de la campaña seguía ahí. ALMAFUERTE, partido por la humedad, dejaba su primera mitad en un equilibrio precario. Abajo, una nota firmada por Dr. F. Quiroga hablaba de “priorizar guardias de cuarenta y ocho en Salvatierra por falta de recursos”. La fotografía de la médica —una modelo, supo ahora— tenía la mirada exacta que él había amado.

No hubo escena. No hubo caída. Había, en cambio, una claridad sobria. El amor, pensó Bruno, se fabrica con restos de palabras y luz, como las cosas que salen del taller cuando no alcanza para comprar madera entera.

Salió a la calle. La tormenta había limpiado el aire y los eucaliptos parecían recién inventados. Celina, bajo un paraguas, lo saludó desde la esquina. Chano pasó con el ómnibus sin pasajeros. Mecha cerraba la reja de la ferretería, temprano, “porque la humedad me hincha los bulones”.

Bruno decidió no volver todavía. Se sentó bajo el alero, frente al vidrio oblicuo, y dejó que la tarde hiciera lo suyo. La luz, obediente, entró por el ángulo de siempre.

Después del brillo

En las semanas siguientes, nadie habló del tema porque nadie lo conocía. Bruno trabajó como si los encargos fueran cuerdas que lo mantuvieran a flote. Reparó bancos de la plaza, encaró un pedido de ventanas para Doña Isaura, reforzó las camillas de Almafuerte sin cobrar. En las tardes de viento claro, abría el vidrio

inclinado y dejaba que la luz rompiera en diagonales sobre el polvo. No proyectó nada. Apenas miraba.

A veces, al cerrar, sentía la tentación pueril de preparar otra vez el truco. No lo hacía. No por orgullo, ni por vergüenza. Por respeto, quizá. Uno no convoca dos veces a lo que no sabe cómo despedir.

El pueblo, sin saberlo, lo acompañó. Mecha lo contrató para hacer estantes “con alma”, dijo, riéndose sola; Olegario le guardó huesos para caldo “porque hay cosas que se sostienen desde adentro”; Celina le pasó un libro con historias mínimas de gente que se inventa parientes para no estar tan sola, y le dijo, como al pasar, que las ficciones también pagan alquiler.

Bruno aprendió una lección nueva: la soledad tiene la educada terquedad de las cosas útiles; si uno la escucha, se sienta y ayuda a medir. Empezó a tallar figurillas chicas con restos de madera: pájaros que no volaban, casas que no abrigaban y, por fin, una mujer de perfil sencillo, sin ojos ni boca, apenas la idea de una curva que se cierra. La dejó en la repisa más alta, junto al vidrio.

En noviembre, cuando los jacarandás se atrevieron del todo, San Isidro del Sauce celebró una carrera de bicicletas que nadie ganó con apuro. Bruno clavó banderines y se dejó saludar por todos. Un niño le preguntó si las mesas hablaban. Dijo que sí, a veces, bajito. Chano le ofreció llevarlo a Nueva Bahía cualquier lunes. Dijo que tal vez, más adelante. Celina le citó una línea —no recordaba de quién— que decía que hay amores que se sostienen sin tocarse nunca. Asintió con una gratitud sin estorbo.

Esa noche, ya solo en El Borde, se quedó mirando el vidrio oblicuo. La lámpara hacía su semicírculo perfecto sobre el piso. Por pura costumbre, apoyó la mano en el canto. Vio su propio reflejo, joven y más cansado que antes. Detrás, como siempre, el frente de la Policlínica Almafuerte con sus letras de guerra y su afiche vencido. Nadie aparecía. Nadie faltaba.

Se acercó a la repisa y tomó la figurita. La madera, tibia por el día, le calentó la palma. No tenía nombre. No le haría falta. La colocó junto al marco de la ventana, donde la luz —esa vecina que entra sin pedir permiso— la bañó sin producir ninguna sombra.

No hubo revelación final, ni discurso. Hubo, eso sí, una frase que se acomodó sola: “Yo la hice con lo que tenía”. Y con lo que le faltaba, pensó después, que es donde empieza la artesanía.

Al salir, escuchó voces en la calle: Mecha y Olegario discutiendo sobre si el asado se doraba a fuego fuerte o si había que esperar. Sonrió. Cerró la puerta. El vidrio quedó, como siempre, a cuarenta y cinco grados. La luz siguió su forma, obediente y precisa. La luz que no hacía sombra volvió a ser lo que debía: un recurso, un material más en el taller de un pibe querido por su pueblo.

Y Bruno, sin saber si estaba más solo o mejor acompañado que antes, caminó a casa con el paso de quien aprendió a querer sin inventar menos, pero inventando distinto.

Donde terminan las guardias

Epílogo: Inventario de lo que sostiene

Habla Mecha Paredes, ferretera.

Desde mi mostrador se ve la Calle del Molino como se ve la rosca de un tornillo: parece simple hasta que uno entiende que todo se sostiene ahí. A la izquierda, el descampado; al fondo, el galpón de El Borde. Del otro lado, la Policlínica Almafuerte, con su cartel que pelea contra el sol y la humedad. Tengo latas con clavos por tamaños, tuercas separadas por paso, arandelas que brillan como monedas tristes. Si un día me faltara algo, el pueblo lo notaría; no por el repuesto, sino por el silencio.

A Bruno Alvar lo aprendí como se aprende una herramienta nueva: primero la miro, después la pruebo, por último le busco el lugar. Buen pibe, de pocas palabras y manos que piensan. Cuando viene a la ferretería no regatea; lee la etiqueta, mide con el pulgar y la paciencia, y asiente. Me gusta la gente que asiente despacio. La otra, la que decide antes de entender, termina devolviendo lo comprado.

Con la presunta doctora, Alma, el asunto fue distinto. A mí nadie me la presentó. En un pueblo, lo que no pasa por una conversación con precio y chisme, es como si no existiera. Y, sin embargo, yo la veía en él. No en cuerpo, entiéndase; la veía en las costumbres nuevas: dos vasos en vez de uno cuando le convidaba café de termo, la puerta que dejaba abierta un segundo más como quien hace lugar para alguien que está por entrar, ese gesto de mirar a su izquierda antes de hablar, como si pidiera permiso. Hay presencias que no ocupan espacio y, no obstante, empujan los muebles.

Uno aprende ciertas cosas desde un mostrador. Aprende, por ejemplo, que hay dolores que no conviene curar con martillo. También que hay invenciones que hacen de puntal: no arreglan la pared, pero la mantienen en pie cuando cruje.

Bruno llegó una tarde con los hombros encendidos y la voz baja, pidió un mate y no preguntó por nada. Yo le cebé sin hablar. Tomamos mirando cómo la luz de la calle hacía triángulo en el piso de la ferretería. Cuando se fue, supe que algo había entendido y que no era asunto mío decirle que sí o que no.

No voy a negar que a veces, de madrugada, me quedaba un rato en la vereda, con la persiana a medio bajar, mirando la ventana inclinada de El Borde. Ese vidrio puesto en ángulo exacto, la lámpara encendida, la claridad oblicua... Uno que vende niveles y escuadras reconoce la geometría cuando se vuelve protagonista. También veía, en el frente de Almafuerte, un afiche de esos que manda la ciudad: médicos impecables, lemas heroicos. Un día de lluvia el cartel se rajó. Quedó colgando la mitad de arriba: ALMA. La otra mitad, FUERTE, la recogió el viento y la dejó contra mi puerta. La guardé sin pensar, como guardo tornillos sueltos; a veces lo que falta completa otra cosa.

En la tormenta grande, Bruno llamó al hospital desde mi teléfono, con la boca apretada. A mí me asoman pocas palabras para el consuelo. Le serví café y le dije apenas: "Acá estás". Lo demás lo hizo el tiempo, que tiene más herramientas que cualquiera. Al día siguiente vino con la mirada tranquila; traía fatiga, sí, pero de la que ya encontró dónde apoyar. Me compró gubias nuevas y lijas finas. Al pagar, lo miré y me devolvió una mueca leve, de esas que dicen gracias sin pedir que las crean.

Pasó el viento, y el pueblo siguió con sus ritmos: Olegario peleando con la grasa noble de la carne, Celina prestando libros como si los pariera, Chano haciendo señas desde el ómnibus aunque no hubiera pasajeros. Bruno trabajó más que antes. Me pidió estantes "con alma", se rió de su propia ocurrencia, y yo le respondí que podía fabricarlos, pero que el alma la ponía él. Cuando fui a instalarlos en El Borde, vi la figurita de madera en la repisa alta: una mujer sin rasgos, afinada, apenas la curva justa. No pregunté nada. Le pasé el trapo con cuidado y pensé que algunos muñecos sostienen más que un puntal de obra.

A veces, cuando me toca barrer la vereda, miro el frente de Almafuerte. Ya no está el afiche. Quedó, eso sí, una marca pálida en la pared, un rectángulo fantasma donde el sol no llegó igual. Las paredes guardan memoria como los cajones: abro uno y encuentro una arandela que no sabía que tenía; miro la pared y me devuelve el lugar exacto de lo que estuvo. Ese rectángulo me hizo entender algo sencillo: hay luces que no hacen sombra y hay sombras que explican la luz.

No sé si lo que le pasó a Bruno fue un truco de reflejos, un nombre que se adelantó a una necesidad o una manera ingeniosa de la soledad para no quedarse sin trabajo. Sé que, cuando alguien trae un problema al mostrador, yo decido con qué herramienta se atiende: si con destornillador, si con aceite, si con silencio. Con Bruno elegí el silencio y me hago cargo. Uno no anda desarmando lo que a otro le sostiene el techo cuando amaina la tormenta.

Por si sirve, dejo este inventario final, marca Mecha, útil para cuando algo no encaja:

—Una ventana a cuarenta y cinco grados cambia más de lo que parece.
—La palabra ALMA, sola, también.
—Hay camillas que ceden por una pata y se arreglan con un listón; hay personas que ceden por un recuerdo y se arreglan con compañía.
—Los pueblos están hechos de lo que se ve y de lo que se supone. Si se usa bien, lo supuesto no miente: ayuda.
—A veces la mejor pregunta es la que no se hace. Deja espacio para que el otro encuentre su respuesta.
—Y cuando la respuesta llega, conviene tener a mano un paño limpio. Quitá el polvo sin borrar la forma.

Guardo la mitad del cartel—la que dice FUERTE—en una cajita de hojalata detrás del mostrador, junto a resortes y cosas que no tienen nombre. Un día, cuando Bruno vino a dejarme los estantes, saqué la cajita y la abrí. Él la miró, sonrió sin

sorpresa y me dijo que estaba bien donde estaba. No hablamos más del tema. Se fue haciendo equilibrio entre la luz de afuera y la del taller, como siempre.

Si mañana alguien me pregunta por la doctora que nadie vio, diré que no sé, que en mi cuaderno de ventas no figura. Y si me insisten, les contaré otra cosa: que hay personas que enseñan a medir distinto sin tocar la cinta. Que a veces aparece—poco importa cómo—una claridad que no proyecta sombra, y uno aprende a trabajar con eso, como aprende a usar una herramienta nueva. Al fin y al cabo, para eso está una ferretería: para recordar que todo lo importante, visible o no, necesita un buen punto de apoyo.

DesignTech